

raúl botero torres

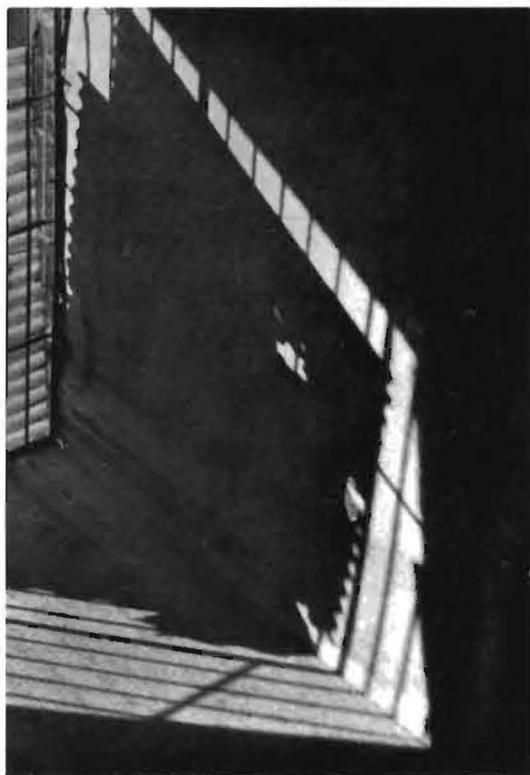
LA REALIDAD DESDE LA LINGÜÍSTICA

En el caso de la lingüística, al igual que en el de la teoría psicoanalítica, es a los poetas y no exactamente a los practicantes de ese particular saber, a quienes se debe el haber intuido lo que en cada uno de los casos constituye el objeto del análisis. En efecto, es un poeta alemán del siglo XVIII quien delimita, por el intrincado camino de la intuición, lo que los lingüistas consideran ahora su problema fundamental: **EL LENGUAJE**. Ese poeta, **EL POETA**, en palabras de Heidegger, es Hölderlin y la enunciación que aquí nos sirve de pretexto —en el pleno sentido de la palabra— es esa que dice: “**Y se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje. . . para que muestre lo que es. . .**”⁽¹⁾. Ese lenguaje al que aludimos acá, entendiéndolo como un rasgo específicamente humano, constituye no sólo el objeto de la reflexión teórica que se va dando en el campo de la lingüística, sino que también es o tiende a ser, una forma de realidad. Una forma irregular y contradictoria, en la medida en que se compone de lo físico, lo simbólico y lo imaginario. Esa realidad que se puede vislumbrar de una cierta manera desde el saber lingüístico está **siendo** de múltiples modos, a la manera de Medusa

que reproduce sus cabezas cada vez que el guerrero las corta de un tajo con su espada. La realidad, esa vieja cigarra, vuelve a ser una y otra vez. Decir esto siempre será algo más, mucho más que una metáfora, porque implicará de todos modos que se alude a la condición equívoca de esa realidad y no sólo a su apariencia más inmediata o inocente.

A lo largo de la historia los seres humanos se han preocupado de distintos modos y en diferentes grados, por explicar de una manera que resulte convincente aquello que viven, el espacio o los espacios reales en los que lo viven y su condición misma de sujetos que viven y, simultáneamente, son vividos por el cúmulo de hechos que los hacen sujetos. Esa cierta necesidad de explicar lo vivido ha tenido a lo largo del tiempo varios paradigmas de análisis que han resultado válidos.

1. **El de la Antigüedad Clásica**. Como bien se sabe, durante este tiempo la filosofía proporcionó la perspectiva adecuada para someter al filtro de un examen la realidad en su conjunto. 2. **El de la Edad Media**. Aquí lo fue la teología. Por ello las nociones de creación, realidad y sujeto,



alcanzaron una connotación especial en tanto aparecieron insertas en un texto donde lo nuclear era la presencia de Dios.

3. **El de la Modernidad.** Durante el siglo XVII, ese siglo que para muchos constituye el paradigma de la modernidad, lo que se dio como fundamental fue el saber matemático. Todos o casi todos los trabajos de esa época tienden a una matematización de la realidad, que a nuestro juicio todavía no ha sido valorada críticamente en todas sus dimensiones. 4. **El de la Contemporaneidad.** Ahora, en este momento y en las condiciones en que nos ha tocado vivir, el paradigma de los saberes lo constituye, sin duda alguna, la lingüística. Es, pues, desde ese saber lingüístico desde donde la explicación sobre la realidad en su conjunto, y sobre los sujetos que agenciamos, los procesos significantes que la hacen ser la que es, alcanza una dimensión realmente significativa. Es desde allí, desde donde sujetos, objetos y procesos aparecemos como signos de un texto que nos incluye a todos, en tanto que nos hace ser.

La lingüística tiene hoy el estatuto propio de una condición paradigmática. Ello es, sin duda alguna, una afirmación axio-

mática, casi obvia. ¿Cuáles son, sin embargo, los problemas y los procedimientos que pueden ser considerados como fundamentales en derredor de una discusión del tipo que genera o hace posible la lingüística? Pienso que en medio de la variedad de alternativas que tenemos es posible señalar algunas que alcanzan la condición de invariables fundamentales en las elaboraciones teóricas dadas por esa lingüística.

Considero que en primer lugar hay que aludir a la noción misma de realidad material. A menudo las ciencias y las filosofías han intentado demostrar que la realidad no es exactamente como la muestra una relación inmediata con las cosas. Ese presupuesto ha tenido dos variantes fundamentales. De un lado, se ha pretendido ir mucho más allá de las apariencias, hasta llegar a una realidad subyacente. De otro, se ha llegado a concluir que hay apariencias de realidad que son absolutamente mistificadoras. Esto último ha permitido avanzar de una manera mucho más significativa y ha revelado que debajo de las apariencias más comunes y corrientes, existe a veces una realidad compleja y hermosa.

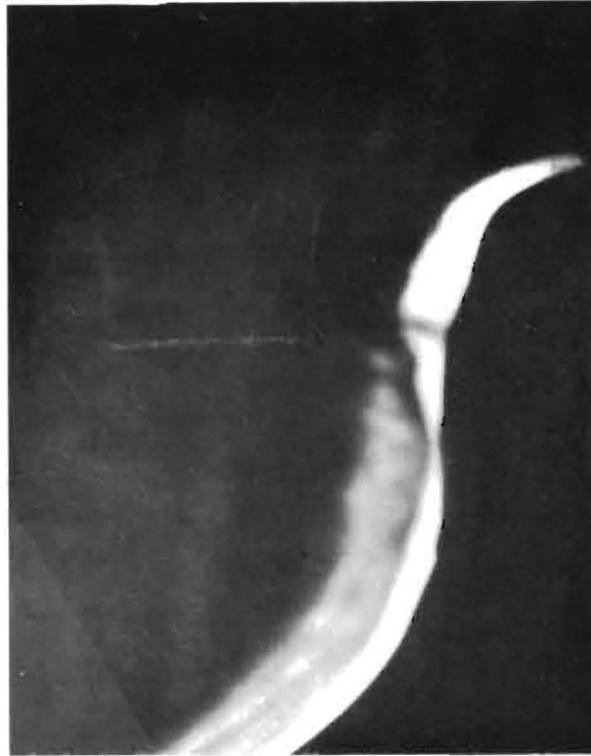
Uno de los casos más sugerentes está en la aparente continuidad de la materia. Cualquiera que tenga una cultura media podrá recordar que desde Demócrito está demostrado lo contrario. Llegar a la idea de que lo material no está dado por un principio de continuidad no ha sido fácil. Ha sido necesario superar objetivamente una serie de prejuicios de todo tipo. Básicamente, se trata de superar los dictados por el sentido común. Ese que desde Bachelard se considera el obstáculo más difícil de vencer. Lograrlo ha sido de incuestionable utilidad en el campo de las ciencias, especialmente en el de las exactas y naturales. Jerrol J. Katz lo señala con precisión: **“La idea de que la continuidad es solamente la apariencia superficial de la materia y de que en realidad ésta se compone de un sinnúmero de minúsculas partículas con espacios vacíos entre ellas, permitió explicar los fenómenos de difusión o interpenetración como procesos en los que los átomos de un sólido, líquido o gas migran hacia otro sólido, líquido o gas y ocupan los espacios existentes entre sus átomos”**⁽²⁾. Un poco más adelante Katz se refiere a los trabajos, muy conocidos, de Lavoisier, Dalton y otros, con lo que él piensa que se confirma la hipótesis de que el concepto de Estructura Atómica proporciona una imagen verdadera de la naturaleza de la materia. La imagen de la materia como algo continuo quedó entonces relegada a la condición de una representación, nada más.

Esa teoría atómica cumple, pues, en un contexto muy definido, un papel similar al que cumple la noción de realidad en su conjunto, si se la asume desde el saber lingüístico. Hoy empieza a quedar claro que esa realidad en los niveles diferentes a aquel que usualmente se nombra como natural, no tiene porque implicar un tratamiento radicalmente distinto. Si las teorías consideradas como válidas en el campo de los fenómenos físico-químicos funcionan paradigmáticamente, es porque sus posibilidades de existencia e incluso, las de su explicación teórica, son semejantes a las apropiadas en otros espacios del conocimiento. La realidad desde la lingüística es realidad significante y significativa. Desde allí adquiere una connotación más inquietante la alusión lacaniana al inconsciente como **lo no sabido de un saber**. Hagamos otra vez una paráfrasis y

afirmemos que desde esa perspectiva que venimos señalando la realidad funciona **como un lenguaje**.

Afirmar lo anterior supone de un modo que parece inequívoco la alusión no sólo a las prácticas discursivas que estructuran esa realidad, sino también —y quizá más radicalmente— a los polos metafórico y metonímico desde donde se configuran esas prácticas estructurantes de lo real. Si por metáfora podemos entender **“una figura por medio de la cual se transporta, por así decirlo, el significado propio de una palabra a otro significado que solamente le conviene en virtud de una comparación que reside en la mente”**⁽³⁾, y por metonimia **“una figura por medio de la cual se coloca una palabra en lugar de otra cuyo significado da a entender”**⁽⁴⁾, asumir esas nociones de esta manera sería, sin duda alguna, muy sugestivo, pero tendría el grave inconveniente de ser incompatible con los logros de Roman Jakobson en relación con el análisis de las afasias. El establece la oposición entre lo uno y lo otro de la siguiente manera: **“Toda forma de trastorno afásico consiste en alguna alteración, más o menos grave, de la facultad de selección y sustitución o la de la combinación y contextura. La primera afección produce un deterioro de las operaciones metalingüísticas, mientras que la segunda altera la capacidad de mantener la jerarquía de las unidades lingüísticas. La primera suprime la relación de similariedad y la segunda la de contigüidad. La metáfora resulta imposible en la alteración de la similariedad y la metonimia, en la alteración de la contigüidad”**⁽⁵⁾. En el tipo de trabajo realizado por Jakobson lo que emerge es la noción misma de realidad, y por ese camino la de objeto real. Esta última puede ser presentada a través de una relación externa con el semema y no con el lexema⁽⁶⁾. Para nuestro caso resulta esencial la noción de realidad en la medida en que se intenta esclarecer la noción de objeto real, la de representación y la de objeto representado.

Esa realidad efectivamente dada no sólo puede representarse, sino también expresarse de una cierta y determinada manera. La realidad designada está siendo la realidad. Este aparente galimatías nos remite a la diferencia entre el ser y su representación. Lo real está siendo de múltiples maneras. Una de ellas es sin duda,



la expresión de lo pensado, entendiendo que lo pensado no puede ser más que lo expresado. Julia Kristeva lo señala en los siguientes términos: **“La materialidad enunciada, escrita o gesticulada, produce y expresa [es decir, comunica] lo que llamamos un pensamiento. Lo cual significa que el lenguaje es la única forma de ser del pensamiento y, al mismo tiempo, su realidad y su realización”**⁽⁷⁾. Esa afirmación nos parece lo suficientemente clara como para eximirnos de glosarla.

Wittgenstein ha señalado a propósito de esa realidad subyacente en la expresión y, sobre todo, en la forma lógica de ésta, que ella no puede **“ser aclarada a partir de la profundización en la estructura oracional para revelar los elementos lógicos simples, sino de comparar y contrastar las maneras en que las distintas oraciones se usan en los distintos aspectos de la vida”**⁽⁸⁾. En otra parte de su obra Wittgenstein anota lo siguiente: **“¡Una proposición es una cosa extraña! He aquí la esencia de la sublimación de la lógica: la tendencia a suponer un intermediario puro entre los signos proposicionales y los hechos; o incluso, a intentar purificar, sublimar los signos mismos. Ya que nues-**

tras formas de expresión, al enviarnos en persecución de quimeras, nos impiden, de diversas maneras, caer en la cuenta de que nada fuera de lo común está sobre el tapete”⁽⁹⁾.

Con ello Wittgenstein logra desmontar una ilusión muy cara a los intereses de toda ideología: sustituir la realidad por su representación. Siguiendo estas anotaciones uno podría perfectamente señalar que la distinción entre la forma lógica y la forma gramatical de un enunciado [que siempre se referirá a la realidad], entre el significado y su aspecto fonético, es siempre una distinción entre **la apariencia de realidad y la realidad**. No sobra agregar que esa distinción es, en lo fundamental, operativa.

Noam Chomsky ha actualizado a lo largo de su trabajo dos nociones que aparecen por primera vez en la **“Gramática general y razonada del lenguaje”**, de Arnauld y Lancelot. Obviamente, me estoy refiriendo a las nociones de **Estructura Profunda** y **Estructura superficial**. La idea fundamental del texto de Arnauld y Lancelot es que el significado o forma lógica de una

oración no tiene una relación directa ni sistemática con la estructura sintáctica manifestada en la forma de las alusiones de la oración, sino que está relacionada de manera directa con una estructura sintáctica subyacente de la cual la propia estructura observable de la oración es una función. Esto implica que en la teoría lingüística contemporánea, la estructura profunda con la cual puede ser relacionado un enunciado N, es una realidad sintáctica hipotetizada, mientras que la estructura superficial válida para este mismo uso de las estructuras, es una organización sintáctica observable y concreta. Según Kartz los términos de Estructura Profunda y Estructura Superficial, pueden considerarse como los equivalentes lingüísticos de apariencia de realidad y de realidad que hemos venido manejando.

Esa realidad a la que el lenguaje está continuamente transformando en tanto que la expresa, en la medida en que le da una estructura superficial que se liga de diversas maneras a la estructura profunda, relacionada a su vez con el sentido; esa realidad tiene, para expresarlo de una forma figurada, un valor dado por la presencia de un **"componente semántico"**. Ese componente semántico puede y debe ser explicado. Para hacerlo es importante proceder de una manera que garantice mínimamente unos resultados satisfactorios. Katz propone preguntar por el significado de la realidad posible, en virtud de la presencia no declarada de un componente semántico, recurriendo a un método paradójico. Se trataría de responder a la pregunta por el sentido de lo real, sin preguntar por él directamente. Esto implicaría un cierto y determinado desglosamiento de la pregunta fundamental para no hacerla directamente. En vez de preguntar: **¿Qué significa la realidad?**, preguntaríamos **¿Qué diferencia existe entre poseer significado y carecer de él? ¿Qué es la igualdad de significado? ¿Qué diferencia hay entre sinonimia y antonimia? ¿Qué es la multiplicidad de significado o ambigüedad? ¿Qué es la verdad en virtud del significado y qué es la falsedad en virtud del mismo? ¿Qué es la redundancia semántica? ¿Qué es el extrañamiento en virtud del significado? ¿Qué es la presuposición? ¿Qué es la superordinación? ¿Qué es la incompatibilidad de significado? ¿Qué es una pregunta que se contesta a sí misma"** ⁽¹⁰⁾.

La realidad no es, o, lo que se puede considerar como equivalente, la realidad no existe. Digo que no existe en términos absolutos, pero lo afirmo de una manera que es irremediamente absoluta. Es decir, en este caso tampoco puedo escapar a las paradojas de mi decir, o sea del discurso que yo no soy, pero sin el cual tampoco yo jamás sería yo. La realidad no existe. Está existiendo poco a poco, de manera no sólo contradictoria, sino discontinua. Jorge Luis Borges escribió alguna vez un poema en donde aparece esta expresión: **"Sólo una cosa no hay. Es el olvido. / Dios que salva el metal, salva la escoria / Y cifra en su profética memoria / Las lunas que serán y las que han sido"** ⁽¹¹⁾. Las palabras del poeta hablan por nosotros, nos expresan plenamente y, quizás por ello, nos imponen el silencio. Sólo ellas parecen ser de un modo definitivo y pleno. Como Oliverio Girondo yo digo "me parece", como él tampoco yo aseguro nada.

La realidad está siendo constituida por el lenguaje, pero no sólo se hace de lenguaje. La realidad está siendo a partir de las prácticas y de los sujetos que agencian esas prácticas haciéndolas manifiestas a través de su inserción en el contexto de lo fáctico. Sobre ese lenguaje que está siendo parte de la realidad, vale la pena preguntarse de un modo un poco más exigente de lo que lo hemos hecho hasta ahora. Hacer esta pregunta supone en primera instancia aceptar el carácter histórico de toda discusión sobre el lenguaje. Unas palabras de Julia Kristeva nos eximen de divagaciones innecesarias. Ella afirma: **"Responder a la pregunta ¿Qué es el lenguaje?, nos lleva al meollo de la problemática que desde siempre, ha sido la del estudio del lenguaje. Cada época o civilización, conforme al conjunto de sus conocimientos, de sus creencias y de su ideología, responde de diferente manera y considera el lenguaje en función de los moldes que la constituyen. Así, pues, la época cristiana, hasta el siglo XIII, tenía una visión teológica del lenguaje, preguntándose ante todo por el problema del origen o, como mucho, por las reglas universales de su lógica; el siglo XIX, dominado por el historicismo, consideraba el lenguaje en tanto que desarrollo, cambio, evolución a través del tiempo. Hoy en día, predominan las visiones de! lenguaje en tanto que sis-**



tema y los problemas de funcionamiento de dicho sistema. De modo que, para comprender el lenguaje, tendríamos que seguir la huella del pensamiento que, en el transcurso del tiempo, e incluso antes de la constitución de la lingüística en cuanto que ciencia particular, ha ido esbozando las distintas visiones del lenguaje. La pregunta ¿Qué es el lenguaje? podría y debería ser sustituida por otra: ¿Cómo ha podido ser pensado el lenguaje? ⁽¹²⁾. Como lo señalé atrás, toda glosa resulta superflua.

Ese lenguaje que ha sido considerado por Chomsky y sus discípulos como un rasgo característico de la mente humana, aparece profundamente implicado en sus dimensiones psicológica y antropológica, y por ello debe ser estudiado desde la trascendental función que cumple en el conocimiento humano. Pensar el lenguaje tal y como lo proponen los teóricos contemporáneos, permite no sólo que se abandone una concepción esencialista de ese lenguaje, sino, también, aludir a la reflexión que ese lenguaje ha suscitado y, finalmente, a la representación que se ha ido haciendo de aquélla. Visto desde afuera, el lenguaje reviste una materialidad diversi-

ficada que se vuelve problemática para los investigadores. Esta diversidad genera unas preguntas que deben ser respondidas, así sea provisionalmente, para que el trabajo de análisis resulte mínimamente productivo. Esa materialidad del lenguaje produce y expresa lo que bien pudiéramos llamar un pensamiento. **“Lo cual significa que el lenguaje es la única forma de ser del pensamiento y, al mismo tiempo, su realidad y su realización”** ⁽¹³⁾. Ahora bien, si el lenguaje es la materia del pensamiento, también es el elemento básico de la comunicación humana. Digámoslo de un modo negativo y, al mismo tiempo, tajante: **así como no hay pensamiento sin lenguaje, así tampoco hay sociedad sin comunicación**. Todo lo que se produce en el lenguaje y en su derredor, lo es para ser comunicado en medio de los procesos materiales a los que podemos nombrar de manera general con el término de social. El lenguaje define y cimienta su identidad en tanto que no sólo produce un pensamiento, sino que también lo comunica.

En ese orden de ideas la materialidad del lenguaje se concreta en el discurso. La noción misma de discurso se ha discutido arduamente en los últimos años des-

de perspectivas muy variadas. Recordemos, por ejemplo, el lúcido y polémico trabajo de Michel Foucault "**El orden del discurso**" que tanto nos ha enseñado a todos. Junto con Foucault y Kristeva, podemos citar a Emile Benveniste, para quien el discurso señala de manera inequívoca la presencia de la lengua en la comunicación viva. Según Benveniste el discurso se opone por tanto a la lengua "**que abarca de ahora en adelante al lenguaje en tanto que conjunto de signos formales, estratificados en sucesivos escalones, formando sistemas y estructuras**"⁽¹⁴⁾. Ese discurso o, lo efectivamente expresado por un sujeto, constituye a este último en tanto que elemento componente de unas prácticas de semiosis generalizadas de la realidad. Hoy sabemos, gracias al trabajo de distintos teóricos del lenguaje, que ese sujeto se constituye a través de un proceso irregular y contradictorio. Pienso, por ejemplo, en el lúcido y complejo trabajo de Julia Kristeva sobre Antonin Artaud; en el de Philippe Sollers sobre Bataille; o en el de Jean Laplanche sobre Hölderlin, elaborado desde el Psicoanálisis. El panorama, como bien puede verse, es bastante amplio y sugestivo. Para el presente caso, se considera que lo más apropiado es remitirse a las operaciones discursivas en las cuales se inserta ese sujeto, a la manera de inscripción en una cadena significativa. Ello puede revelarnos de un modo bastante eficaz, no sólo la sintaxis básica de esos procesos, sino también su pragmática argumentativa que hace ser al discurso un proceso caracterizado por lo polifónico.

Ese sujeto que se va constituyendo irregular y contradictoriamente en los procesos de significación en los que más allá de su voluntad y de conciencia aparece inscrito, dista mucho de ser homogéneo y compacto. Más que esto, es el múltiple resultado de diferentes y entrecruzadas acciones de troquelamiento de los signos, de la sociedad y de las prácticas que esta última alberga, dándoles un cierto haz de sentidos, en tanto les sirve de contexto. Al estarse, al irse constituyendo como sujeto, el sujeto no sólo aparece en la condición de usuario que construye, a veces intuitiva, a veces conscientemente, unas posibilidades de significación. No, también lo es, en tanto que decodifica o, para decirlo de una manera un poco chocante, destruye y atraviesa efectivamente. Ese suje-

to en proceso, al que aquí y ahora consideramos nuestro objeto de interés, está constituido por una causalidad metonímica, en la medida en que lo que sucede con él, está más cerca de la combinación [los psicoanalistas dirán condensación] que de la sustitución y del desplazamiento propias de lo metafórico.

Ahora bien, este proceso de constitución significativa que venimos mencionando es, por supuesto, un proceso dado en términos materiales. La materialidad es, por así decirlo, su condición básica. Ello no quiere decir, sin embargo, que ese proceso sea posible verificarlo o constatarlo empíricamente. La topología de ese proceso es necesariamente abstracta. Julia Kristeva lo señala muy claramente: "**La topología del sujeto en proceso está situada en ese lugar inubicable donde se realiza, sin la diferenciación petrificada entre sujeto y objeto, el proceso de la significancia**"⁽¹⁵⁾.

El proceso de constitución del sujeto tiene tres momentos esenciales: 1. **Repudio**. 2. **Identificación**. 3. **Diferenciación**. El repudio es posible a partir de una negación de la negación, esto es, de una negación dialéctica. La identificación, en cambio, supone o, mejor, está supuesta, por una afirmación simple: aquélla que de un solo golpe entrega al sujeto en brazos de lo imaginario. En la identificación el sujeto se diluye en el otro. Es el otro o, más bien trata infructuosamente de serlo, siendo a veces su imagen, a veces su caricatura. El otro, ése que yo no soy, ese que nunca seré, intento serlo sin poder. Soy a lo sumo ése que él deja de ser. Es decir, el resultado de un juego de espejos en un efecto metonímico y no metafórico.

Para el caso de la constitución del sujeto su inscripción en el lenguaje [en el Otro] constituye un momento dramático, porque para él no hay nada absolutamente seguro. Allí puede encontrarse y ser él. Pero también puede perderse. Hölderlin ya lo dijo: "**... el más peligroso de los bienes, el lenguaje...**"⁽¹⁶⁾. Insertarse en el lenguaje supone la adquisición de una capacidad de simbolización que comprende o implica en su interior dos operaciones simultáneas: el rechazo y la aceptación. Los psicoanalistas dirán que la inscripción del sujeto en el orden del lenguaje supone para éste una sobrecarga de placer, en la

medida en que conlleva una redistribución de las estructuras fonemáticas, morfológicas y sintácticas.

La realidad no está hecha solamente de lenguaje. Decir que sí, implicaría sin duda una afirmación hiperbólica. Está también, para citar un sólo caso, el mundo de los objetos físicos o concretos, de cuyo lenguaje sólo puede hacerse una alusión figurada. Si bien es cierto que la realidad no es sólo lenguaje, también lo es, que la realidad no sería la que está siendo, si el lenguaje no fuera una parte sustancial de ella. Tal vez para algunos resulte seductor imaginar una realidad en la que el lenguaje no tuviera cabida. Para mí carece de todo interés. Considero que es un juego perverso que conduce al callejón sin salida del absurdo.

Antonin Artaud señaló alguna vez lo siguiente: **"Una sola cosa nos parece invulnerable, una sola cosa nos parece verdadera: el texto"** ⁽¹⁷⁾. Si en este enunciado nosotros hacemos una sustitución bastante simple y, en vez de **texto**, escribimos **lenguaje**, tendremos una proposición que resulta válida en los análisis contemporáneos del lenguaje. Ese lenguaje que, por supuesto, puede ser objeto de una mirada analítica, pero que también se erige como sujeto de un proceso de producción significativa múltiple. Puede ser un generador de sentido.

Tenemos, pues, la siguiente ecuación algebraica: **REALIDAD-SUJETO-LENGUAJE**. Por ahora consideraremos que los tres términos tienen el mismo valor. Esa relación será posible en tanto que sus miembros se interrelacionen. De hacerlo, su carga semántica, su operabilidad sintagmática va a modificarse inevitablemente. Propongo las siguientes relaciones: A es B, porque B se constituye a partir de C. C genera un valor sintagmático en la medida que es realizado por B en el interior de A. Los tres términos tienen una relación de implicación. A tiene con C, una relación de inclusión que es válida en tanto que C, la tiene con B.

En medio de esa realidad el sujeto expresándose por medio del lenguaje. Ese es, por decirlo de alguna manera, el libreto de la historia. El decir de ese sujeto es, necesariamente, polifónico. En la medida en que lo es, connota de unas maneras que

pueden ser visualizadas como variables formales que ponen de presente la estructura general. La polifonía de ese decir se fundamenta de manera directa en la superposición de distintos usos o, para ser más exactos, en diferentes niveles de uso.

Mijail Bajtín utiliza el concepto de polifonía para caracterizar distintas clases de literatura. Él llama dogmática a la literatura que contiene una sola voz, o en la que las voces de distintos personajes son siempre juzgados por la voz del autor, que a cada paso le está indicando al lector lo que debe pensar de cada uno de los personajes. Llama polifónica a la que contiene varios personajes expresándose por sí mismos.

Por fuera de la textualidad literaria todos los sujetos proferimos unos enunciados, que al igual que los de la literatura caracterizada por Bajtín como polifónica, resultan siendo múltiples. Oswald Ducrot es muy categórico al afirmar que: **"El autor de un enunciado no se expresa nunca directamente, sino que pone en escena en el mismo enunciado un cierto número de personajes"** ⁽¹⁸⁾. Para Ducrot el sentido de un enunciado: **"nace de la confrontación de esos diferentes sujetos: el sentido del enunciado no es más que el resultado de las diferentes voces que allí aparecen de un modo efectivo"** ⁽¹⁹⁾.

La polifonía de la enunciación nos indica la presencia de varias funciones: 1. Sujeto Empírico. 2. Locutor. 3. Enunciador. Ducrot llama **Sujeto Empírico** al autor efectivo del enunciado. Sólo que determinar el autor efectivo de un enunciado no siempre resulta fácil. Pensemos, por ejemplo, en el caso de una comunicación interna en una institución cualquiera. No resulta evidente su autor: ¿es quien la redactó? ¿quien la dictó? ¿quien tomó la decisión?

Ducrot señala como **Locutor** al **"presunto responsable del enunciado, es decir, la persona a quien se atribuye la responsabilidad de la enunciación en el enunciado mismo"** ⁽²⁰⁾. Finalmente, llama **Enunciador** a **"los orígenes de los diferentes puntos de vista que se presentan en el enunciado. No son personas, sino puntos de perspectiva abstractos"** ⁽²¹⁾.

La noción de polifonía nos pone de presente que la noción de realidad que nosotros podemos tener a partir de la lingüís-

tica, está dada por una serie de procesos expresivos y comunicacionales que se están cruzando permanentemente para incidir unos sobre otros. En pocas palabras, pienso que se puede eludir a la realidad desde el saber lingüístico, considerándola como una especie de macrotexto que está escribiéndose de mano de los sujetos en la medida en que son ellos los agentes activos de los procesos significantes que ha-

cen a esa realidad ser lo que está siendo; pero que también se escribe por cuenta de otros agentes y otras gramáticas. Desde la perspectiva de análisis proporcionada por la teoría lingüística uno puede afirmar de una manera categórica que **la realidad no existe, la realidad se está construyendo a cada momento de una manera paradójica y, por ello, significativa.**

NOTAS

1. Hölderlin, Friedrich. *Obras Completas*. Tomo III. pg. 246.
2. Katz, Jerrold. *La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico*. Alianza Editorial. pg. 14.
3. Dumarsais, Fernando. *Tratado de los tropos*. Editorial Aznar, pg. 22.
4. Jakobson, Roman, *Fundamentos del lenguaje*. Editorial Ayuso, pg. 133.
5. *Op. Cit.*, pg. 143.
6. En este punto adhiero a las nociones de semema y de lexema que aparecen en las teorías de Greimas.
7. Kristeva, Julia. *El lenguaje, ese desconocido*. Editorial Fundamentos, pg. 12.
8. Wittgenstein, L., citado por Katz. *Op. Cit.*, pg. 43.
9. Wittgenstein, L. *Investigaciones Filosóficas*. Editorial Taurus, pg. 47.
10. Katz, Jerrold. *Op. Cit.*, pg. 140.
11. Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. Editorial Emecé, pg. 255.
12. Kristeva, Julia. *El lenguaje, ese desconocido*. Editorial Fundamentos. pg. 7.
13. Kristeva, Julia. *Op. Cit.*, pg. 14.
14. Benveniste, Emile, citado por Julia Kristeva, *Op. Cit.*, 43.
15. Kristeva, Julia y otros. *Artaud*. Editorial Fundamentos, pg. 248.
16. Hölderlin, Friedrich. *Obras Completas, Tomo III*. Editorial Río Nuevo, pg. 323.
17. Artaud, Antonin, citado por Julia Kristeva.
18. Ducrot, Oswald. *Polifonía y argumentación*. Editorial Universidad del Valle, pg. 16.
19. Ducrot, Oswald. *Op. Cit.*, pg. 16.
20. Ducrot, Oswald. *Op. Cit.*, pg. 54.
21. Ducrot, Oswald. *Op. Cit.*, pg. 58.

BIBLIOGRAFIA

1. Hölderlin, Friedrich. *Obras Completas*. Editorial Libros Río Nuevo. Madrid, España. 1978. 524 pgs.
2. Katz, Jerrold. *La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico*. Alianza Editorial. Madrid, España. 1982. 236 pgs.
3. Dumarsais, Fernando. *Tratado de los tropos*. Editorial Aznar. Madrid, España. 1985. 325 pgs.
4. Jakobson, Roman, *Fundamentos del lenguaje*. Editorial Ayuso. Madrid, España. 1978. 242 pgs.
5. Kristeva, Julia. *El lenguaje, ese desconocido*. Editorial Fundamentos. Madrid, España. 1987. 345 pgs.
6. Wittgenstein, L. *Investigaciones Filosóficas*. Editorial Taurus. Madrid, España. 1986. 342 pgs.
7. Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. Editorial Emecé. Buenos Aires, Argentina. 1980. 456 pgs.
8. Kristeva, Julia y otros. *Artaud*. Editorial Fundamentos. Madrid, España. 1978. 324 pgs.
9. Ducrot, Oswald. *Polifonía y argumentación*. Editorial Universidad del Valle. Cali, Colombia. 1988. 234 pgs.